

LA FORMACION DE UN PERIODICO.

¡Ay! queridos lectores, vosotros ignorais lo que vale esa tarea, mas árdua aún, que la de levantar las Pirámides. Figuraos un editor obeso, rubio, capaz de atravesar la ciudad en todas direcciones con una velocidad telegráfica, no sin detenerse á las puertas de las imprentas, litografías, establecimientos de papel, &c., &c., todo en pos de material para la formacion de un periódico (el material son los escritores y dibujantes).

Figuraos que al mencionado editor se le ha metido en el cerebro hacer una publicacion enteramente nueva; quiere divagar al público del fastidio que le proporcionan los diarios políticos, alejarlo del teatro de la guerra, darle un respiro en sus perpetuas inquietudes y entretenerlo con artículos de costumbres, modas, literatura, poesía, novelas, comedias, y cuanto puede atraer á la imaginacion en un momento de solaz.

El plan está trazado en cuanto á la pluma, siguiéndose por una consecuencia indeclinable, la necesidad imperiosa de las estampas. Deducion lógica: "hay que buscar un artista;" pero no se trata de esos dibujantes vulgares que se ocupan en copiar y á quienes les falta la inventiva, sino de una capacidad reconocida, de un hombre de *esprit*; que tenga la ciencia de apoderarse de todos los asuntos, que sepa explotar las situaciones, ora serias, ora ridículas, y trasladarlas al papel donde se vean los cuadros sociales á vista de pájaro; todo lo cual acarrea una gran dificultad que es necesario vencer á todo trance.

El editor mete las manos en los bolsillos despues de tirarse el sombrero á los ojos; se muerde el bigote, plega el ceño, reflexiona algunos instantes, y como alumbrado por una idea súbita, baja las escaleras de la imprenta, como Guzman el Bueno despues de arrojar la espada al campo enemigo, y se precipita furioso por las calles de la ciudad.

Se detiene frente á una casa, examina el número, y sin hacer caso del portero que le interroga, sube las escaleras con la velocidad de una liebre y se planta en la antesala, arrojando el sombrero en un confidente.

El portero anuncia con un repique, que alguien ha penetrado en la casa.

A esta señal se presenta una camarera burlona y pregunta al editor:

—¿A quién busca vd.?

El editor se levanta y dice violentamente:

—¿Su amo de vd. tiene talento?

—He sacudido esta mañana el estudio y no le he visto por ninguna parte; puede ser que se lo haya dado á guardar á la señora.

—Bien, bien, avise vd. á su amo que lo busca el Siglo XIX.

—¿Así se llama vd.?

—¡Me está vd. quemando la sangre! avise vd. con dos mil diablos!

La muchacha se aleja diciendo entre dientes:

—¡Que mal carácter tiene D. Siglo XIX!

El editor se levanta, examina la estancia con ese ojo previsor que Dios les ha dado exclusivamente á los editores; tropieza con un cuadro donde hay un retrato circundado de laureles, que representan las glorias del dueño de aquella fotografía.

—¡Lo encontré! ¡lo encontré! exclama el editor, con aquella satisfaccion que hizo salir á Arquímedes del baño, corriendo en tan sencillo trage por las calles de Siracusa.

—¿Qué ha encontrado vd., hombre de Dios? dice el literato saliendo al encuentro de su visita.

—¡Todo, amigo mio, todo!

—Explíquese vd.

El editor examina al personaje, desde su gorro griego hasta sus pantuflas árabes, y tocándole el hombro le dice familiarmente:

—Buscaba una cosa muy semejante á vd. y la he encontrado; caballero, vd. me conviene.

—¿Para qué, caballero?

—Para una empresa.

—Yo no tengo fondos para hacer negocios.

—Voy á explicarme y hablemos en plata: vd. es un utensilio indispensable para lo que me propongo; vd. me sirve para el efecto y necesito en arrendamiento su cerebro una vez por semana.

—¡Caballero!

—Los escritores son una especie de fincas urbanas, que cuando tienen sus papeles en blanco, indican que están desocupadas. Yo propongo un alquiler simplemente.

—¡Vd. me insulta!

—No, amigo mio; nosotros los editores vamos á nuestro negocio, mientras vdes. van á la gloria. Sálvense en hora buena, no se los impedimos; pero tratemos ahora de mi empresa, en cuyos cálculos no entra la poesía.

—Este hombre tiene razon, murmura el literato.

—Caballero, yo no trato de rematar las opiniones políticas de vd., sino de que me escriba artículos de costumbres; que supongo serán muy buenos puesto que vd. es socio de "*El Liceo Hidalgo*" y de otras sociedades y tiene un cuadro con coronas, etc., etc.

El literato se ruboriza; porque el cuadro de sus triunfos es una vanidad imperdonable; pero á un hermano suyo se le antojó hacer aquella recopilacion de laureles, y no hubo mas que resignarse.

—Decia, continuó el editor, que así como los gobiernos gozan de los resultados del triunfo, mientras sus soldados quedan en el campo, vd. me ayudará, cediéndole toda la victoria literaria, y

yo que arriesgo mi papel, mi tinta, mi letra...

—Comprendo perfectamente.

—Yo pongo á su disposicion á la sociedad entera, comenzando por mi personalidad como editor, encargándole que su primer artículo me lo dedique; vea vd. que el editor es un tipo magnífico.

—Le ofrezco á vd. mis primeras plumadas.

—El estudio social es una fuente inagotable: abogados, médicos, artistas, artesanos, ricos, pobres, usureros, empleados, ministros...

—No siga vd., que me marea.

—Escoja vd., amigo mio; escoja vd., que el mercado no puede estar mas provisto.

—Estamos convenidos; en cuanto á la retribucion, hablarémos cuando tenga un momento, porque ahora estoy muy ocupado.

El editor se marcha frotándose las manos, y murmurando: Escritorzuelos del tres al cuarto, emborronadores de papeluchos... vaya, que nos ha caido que hacer con las tales plumillas; los que tenemos prensas y papel no debiamos necesitar de nadie... ya se inventarán mas tarde máquinas de escribir... veamos al pinta-monas, derumbémonos de una vez.

El editor vuelve á su peregrinacion y se entra al fin en la casa del litógrafo.

—¡Uf, qué calor!

—Téngalos vd. muy buenos.

—Necesito esas *pedras* y ese *lápiz*.

—¿Está vd. loco, caballero?

—Necesito á vd. con todo y sus *pedras*, ya tengo un redactor en jefe de mi periódico, de un magnífico periódico á quien todavía no he bautizado; pero ya tengo una gran capacidad que lo redacte: mi periódico debe llevar caricaturas, retratos, paisajes, cuanto hay, hasta música; ya el redactor se ha comprometido á escribirme una ópera.

—Que sea por muchos años.

—Gracias; pero ese hombre que es un saco de sabiduría no vale nada si vd. no le hace acompañamiento con sus *pedras*.

—Entiendo.

—Lo dicho, ese hombre tiene necesidad de *pedras* garrapateadas.

—Soy un artista!

—Nadie lo pone en duda; pero yo veo las cosas como son, necesito que vd. pintarrajee, aunque sean cosas magníficas; así lo voy á ofrecer á mis suscritores; vd. me deberá la gloria, porque voy á popularizarle.

—Gracias.

—¡Ni Gavarni, ni Granville, han de igualar á vd.!

—Eso raya en lo imposible.

—¡Vd. tiene la talla de un génio, de un monstruo fotográfico, de un fenómeno de lápiz!

—¡Basta! basta!

—Si fuera vd. chato, seria vd. un Velazquez, si narigon un Ticiano, si